EL ALBUM DE LA MUJER

ILUSTRACION HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA PROPIETARIA, CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER

TOMO VIII. MEXICO, 19 de Junio de 1887. NUM. 25.

La virtud de la economía

LAS MUJERES HOMÉRICAS.

La *Iliada* nos interesa, más que por sus héroes, por sus heroínas. Todos sus incidentes, sin excepción, se tejen alrededor de otras mujeres, á cual más amada. La presencia de una hermosura, comparable tan sólo á la belleza de Alcibiades, trasporta de tal suerte fuera de sí á Elena en brazos de aquel Paris, tan hermoso en su sexo como ella en el suyo, que nos obliga, sin querer, casi á compadecerla por el terrible castigo impuesto á sus culpas por la guerra tan cruel para sus gentes y por la pesadumbre de ver á su raptor dotado tan sólo con la belleza y sin virtud alguna de los que fortalecen é inmortalizan á los verdaderos varones en los grandes trances de su vida. Elena misma, pues, se nos ofrece purificada casi por la expiación de su crimen. Pero si Elena es culpada, en cambio ¡cuán puras y tiernas aquellas otras mujeres alzadas en torno de los demás héroes! El dolor y tristeza de la Hécuba, herida por la muerte de su hijo; aquella viuda incomparable, Andrómaca, puesta, como la estatua de la desesperación, junto al cadáver de su esposo Héctor, enseñan á una en sus prendas femeniles, cuán idéntica siempre á sí misma es la naturaleza humana, y cómo las lágrimas de los femeniles ojos evaporadas suben al cielo después de haber aliviado nuestras penas y henchido nuestras almas tanto de consuelos como de esperanzas con su celestial rocío. Estas mujeres de la *Iliada* tienen delicadezas y ternuras que inútilmente buscaríamos en aquellas hembras semíticas, vilipendiadas por las competencias de sus compañeras y recluídas en las ignominias de sus harenes.

Las heroínas de la *Odissea* no van en zaga, no, á las heroínas de la *Iliada*.

Principalmente resaltan las mujeres entre todos los personajes de la *Odissea*. Semejante coro inmortal significa la distancia entre aquella cultura bélica de los tiempos de Aquiles y esta cultura mercantil de los tiempos de Ulises. Merced al mayor influjo ejercido por el sexo hermoso, y dulce y tierno, sobre la crueldad y dureza del sexo fuerte y guerrero, dulcifícanse las costumbres y vuélvense mejores los hombres. Penélope representa la incontrastable fidelidad y constancia de una esposa de marino, la cual ha menester dobles virtudes que las demás mujeres para preservarse á las asechanzas de los desocupados que las cercan, y mantener incólume su pureza, y con su pureza la indispensable legitimidad sacra de toda la familia en los largos viajes con sus tristes ausencias y sus forzosas separaciones entre los cónyuges. Con solo recordar un pueblo marítimo y ver la esposa del ausente hoy mismo levantándose á la primera luz para ir á la misa del alba, en que no encontrará importunos, y recluirse luego hasta la madrugada de nuevo dia festivo al cuidado y solicitud de sus pequeñuelos, descúbrese una copia del maravilloso ideal dejado por Homero en aquella Penépole, circuida por pretendientes dados á tenerla con sus regalos y sus requiebros, múltiples lazos, inútiles, por incomprensibles á la esposa fiel encerrada en sus deberes y que menosprecia de suyo halagos, asechanzas, asedios de las ambiciones y de los apetitos, respondiéndoles con ofrendas constantes de flores y frutos en canastillas bien olientes, ó de mieles y vinos en copas áureas presentadas ante los altares de Minerva para que prosperen los dias del navegante perdido en el mar y lo devuelva sano en alas de las brisas y sobre las celestes ondas á la casa, y á la familia, y á la esposa, vivas en sus ojos, de donde las trasmite al pecho y al recuerdo en sentimientos y remembranzas, con la seguridad completa de volver á verlas y saludarlas en verdadera y profunda efusión antes de su muerte.

Por la virtud purísima de tal mujer puede comprenderse que Ulises permanezca en su viaje sordo á las seducciones, é inflexible á las amenazas como el escollo que las ondas combaten por las plantas y los huracanes por las cimas, sin lograr nunca jamás conmoverlo. En vano Calipso le ofrece gruta, por hogueras de cedro aromada interiormente, y á cuya puerta el frescor de los bosques se confunde con el aroma de las flores en las praderas ornadas por pámpanos y racimos que se prenden á las pirámides sombrías del ciprés y á las ramas de los laureles y á los brazos del álamo animados por el rumor de los arroyos y el arrullo de las palomas; el marino mira la mar inmensa y sabe que tras sus líquidos desiertos se ocultan allá lejos no unos Campos Elíseos como éstos donde la fortuna lo retiene atado con cadenas de rosas, una tierra seca y pedregosísima; pero guardan en su aridez el sitio en que yacen los sepulcros de sus abuelos y se meciera la cuna de sus hijos, no lejos del tálamo y del trono compartidos con una mujer predilecta, dechado completo de todas las virtudes.

No pueden referirse ni contarse las personificaciones dejadas en sus mujeres hermosas y varias por el cantor de la *Odissea*. Unas representan la calma celeste de los mares mediterráneos en las noches del estío, y otras la hospitalidad propia de todas esas familias ribereñas en quienes ha puesto naturaleza tales sentimientos de comunicación para que sirvan en sus puertos al encuentro de todas las razas, al cambio de todos los productos, al vuelo de todas las ideas. ¿Quién podrá olvidar á Nausicaa? Miradla en su carro, tirado por las mulas engalanadas, junto á los lavaderos de su casa regia, de pie por los bordes aquellos de los secos torrentes vecinos al mar que mezclan las adelfas con las algas, y decidme si no la saludareis como la saludaba el navegante griego, comparando su talle gallardo con la palmera solitaria que sombrea con sus palmas el ara sacra de la hermosa Delos. Id á cualquiera de nuestros caseríos mediterráneos; sentaos á la puerta, fatigados, para respirar bajo el sol ardiente la salada brisa del fresco mar; y cuando la joven de ojos negros y profundos, de trenzas cogidas con áureas agujas, de alpargatas semejantes á sandalias, de pañuelo sembrado de lentejuelas, con el jazmín á la cabeza esférica y el zagalejo de colores al cuerpo escultórico, y el cántaro al costado, y el vaso en la diestra, sonriente de alegría y deslumbradora de belleza, bajo el parral, junto á la pasionaria, entre los limoneros, y los granados y las higueras, os traiga una cesta de frutas más olientes que flores, y una toma de agua más embriagante que vino, recitareis los versos de la *Odissea* y os parecerán divinos porque han libado en mirtos, azahares, gomas, espliegos, tomillos, las mieles de una poesía inmortal destilada por todos los poros de nuestra fecunda y deliciosa tierra.

Sirenas, vosotras sois con vuestra dulce y melodiosa voz, que retiene cautivo al navegante hasta quitarle por completo la memoria de su patria, esa playera melancólica, esa penetrante saeta, esas canciones en cuyas cadencias compiten á porfía el verso con la música, el sentimiento con la palabra, y que, difundiendo por vuestras venas con sus largas y voluptuosas notas una especie de somnolencia semejante á la producida por los filtros orientales, concluye por rendiros esclavos y por quitaros toda voluntad que no sea el perdurable goce de aquella poesía y de aquel amor. Calipso, tú eres el puerto de socorro y la playa de abrigo; Circe, la ciencia milagrosa que muestra cómo evitará el marino bajíos y escollos, ó conjurará tormentas y tempestades, leyendo en el aire señales del próximo tiempo y colocando en los astros del cielo jacalones para su ruta por los abismos del mar; Nausicaa, tú eres la hospitalidad propia de los pueblos asentados en costas muy abiertas á todos los vientos, y muy accesibles á todos los barcos; Leucothea, la serenidad y la calma de aguas propias; pues todas juntas debían denominarse las musas del mar.

EMILIO CASTELAR.

MIS CONTEMPORÁNEOS.

LESSEPS.

Una noche, en la Embajada de España, me encontré con Mr. de Lesseps, al cual no había visto desde 1870.

Un apretón de manos y la agradable sorpresa expresada en cariñosas frases:

—¡Usted!

—Yo.

—¿Recuerda usted el dia de la boda?

Había yo asistido á su matrimonio en Ismailia, el mismo dia de la inauguración del canal de Suez.

Ya tenía entonces Lesseps cerca de sesenta años.

Desde aquella fecha hasta la presente, este hombre extraordinario ha tenido once hijos, y ha emprendido otro negocio colosal, que se llama la ruptura del istmo de Panamá.

Es realmente excepcional este francés medio español, cosmopolita en las grandes empresas.

Los convidados del Embajador de España le contemplaban con asombro.

Lesseps era allí personificación del siglo del progreso y de los adelantos maravillosos.

Para él no existen ni el tiempo ni la distancia.

Los demás míseros mortales dedicados á las artes ó á las letras envejecemos en el rincón de nuestro gabinete dando cuartillas á la imprenta.

Lesseps está hoy tan fuerte, tan vigoroso, tan enérgico como allá en Ismailia cuando servía de guía á la Emperatriz Eugenia, montando en camello.

Recordaré siempre la mañana de la inauguración del canal.

La Emperatriz, que en quince dias había logrado aprender á montar en camello, al que hacia galopar como si se tratara de un caballo de paseo, llegó al

pabellón donde debia verificarse la boda de Lesseps. Dió un fustazo á la pesada cabalgadura, que arrodilló delante de un círculo de españoles y franceses, y saltó á tierra.

—¡Vive l'Empereur! ¡Vive la France!—gritó Lesseps, que venia delante.

¡Cuantum mutatus ab illo!—podríamos decir ahora.

Desde entonces acá todo ha cambiado. El Imperio no existe, el Egipto está en la anarquía; los soberanos de la tierra que en aquella noche célebre simbolizaban la paz europea, en el banquete que el virrey obsequió al mundo allí reunido, están ó destronados ó en enemistad alarmante. La Francia es República; España ha pasado por una revolución, una dinastía extranjera, un *cantón* y una restauración; el Príncipe imperial ha muerto en un país salvaje. . . .

En doce años todo ha sufrido los embates de la fortuna.

Pero Lesseps existe, y acomete empresas extraordinarias, y encuentra en toda Europa el apoyo y la admiración de las gentes

¿Por qué?

Porque representa algo que está por cima de todas las mudanzas humanas.

Porque Lesseps es el progreso.

Eusebio Blasco.

REVISTA DE MODAS.

Pasada revista minuciosa á los tejidos de primavera y verano, tócanle su vez á las hechuras, materia importantísima, de la que resulta con una tela de gusto un vestido vulgar ó distinguido. En otras épocas, cuando la moda rutinaria é inactiva producía una hechura para cada estación, el trabajo de la modista simplificábase extraordinariamente; pero hoy, que la combinación de distintas telas y la variedad de adornos hacen de una hechura misma tres ó cuatro tipos de vestidos completamente distintos, la modista ha necesitado elevar el *oficio á arte*, y la cronista debe acudir en su auxilio con todas las noticias que pueden contribuir á embellecerle y facilitarle.

Daré principio por las faldas que en las telas de primavera y verano parecen prescindir de todos los adornos, sin duda porque el adorno le llevan en sí, puesto que son rayadas, de cuadros ó de motitas. Con cualquiera de estas telas se hace una falda casi lisa de adelante, á grandes pliegues desde los costados y en toda la parte de atrás, y montada esta falda en otra interior, que no tendrá menos de 2,50 metros por abajo, cesgados el paño de adelante y costados, y en cuya falda interior se colocan los aceros que han de sostener el pouf. Una túnica en el mismo género de tela en gracioso drapeado, completa esta falda, y aquí es donde tiene ancho campo el ingenio de la modista: hay delantales drapeados en punta (hoja de rosa), y otros muy plegados y torcidos hacia un lado, donde los recoge un lazo ó una pasamanería si la tela la admite, y hay los drapeados en cascada y los drapeados con una solapa de la misma tela ó de otra contraria; en fin, hay muchas combinaciones para recoger las faldas. No obstante, indicaré que en las telas de rayas y cuadros, las solapas, cascadas y quillas se obtienen muy lindas contrariando el dibujo de la tela, poniendo los cuadros ó las rayas al biés cuando en la túnica resultan al hilo, ó atravesadas en la quilla y el plastón, y con ésto entramos ya en el terreno de los cuerpos, no sin dejar consignado que algunas faldas lisas van bordadas en el bajo ó en la quilla; pero el tipo anterior será el más adoptado, sobre todo en trajes de poca pretensión.

Los cuerpos reemplazan á las chaquetas, y aún éstas tendrán la aldeta muy corta, pero es materia casi imposible enumerar las diferentes hechuras, limitándome á dar sobre ellas ideas generales: los cuerpos cortos y abiertos sobre plastón de surah ó de las mismas telas, contrariando las rayas ó los cuadros, serán los más generales, adornados de solapas. Este será el cuerpo más comunmente aceptado y el abierto en cuadro con corpiño. Esto es lo último que destaca en el cielo de la moda, pudiendo asegurar que se llevarán cuerpos fruncidos y plegados con canesú en cuadro ó en pico, y ceñidos del talle con cinturón; pero esta hechura no conviene más que á telas ligeras como percales y satenes y para jóvenes de talle esbelto; es hechura también propia para jóvenes el vestido escocés con una túnica de tela lisa, que baja en echarpe desde los hombros, formando gran panier en la falda, dejándola lucir por arriba y drapeándose en hoja de rosa y pequeño pouf por detrás, hechura muy graciosa cuando sale de manos de una modista entendida. Los cinturones de cinta juegan también algún papel en las hechuras actuales, y unos rodean flojo el talle, bajando á recoger la falda en el costado; otros salen de los costadillos para sujetar los delanteros fruncidos, y otros, en fin, se cruzan simplemente con un broche, siendo esta hechura propia de traje para casa ó campo.

En mangas reina verdadera anarquía, y mientras un vestido que viene de París las trae justas con hombrera, otro de procedencia igual las muestra bullonadas, hechura que, dicho sea de paso, es más propia para los trajes de verano que para los de invierno; pero la innovación es atrevida, y las señoras la reciben con desconfianza natural; sin embargo, en los vestidos de riguroso verano en gasas y granadinas, ó los que lleven mangas claras de encaje, puedo asegurar que esta manga será la que se adopte, fruncida en el hombro y sujeta á mitad de brazo con brazalete de cinta y lazo, iguales al cuello alto que se conserva.

Estas son las novedades más salientes respecto á hechuras, y en ellas tienen donde escoger nuestras constantes favorecedoras, sin perjuicio de seguir comunicándoles las que aún se indiquen, porque la moda no descansa en producir nuevas creaciones para embellecer á la mujer.

Madrid, Mayo de 1887. Joaquina Balmaseda.

EN SAN ÁNGEL.

(Leida en la 9ª Exposición de Flores.)

Si me otorgais el favor
De escucharme un breve instante,
Narraré cual trovador
Una historia palpitante
Que me ha contado una flor.
¿Que cómo me la contó
De curiosidad con creces
Preguntais? ¡Se me olvidó!
Mas su idioma muchas veces
Lo usais vosotros y yo.
Hallareis la historia llena
De esa candidez sencilla
Que en la campiña enajena;
Fué una rosa de Castilla
La que aquí saco á la escena.
Poeta.... me dijo, sí,
Por los rumores diversos
Que oyó respecto de mí....
Tal vez supo que hago versos
Y quiso llamarme así....
Podeis todos disculpar
Tal mote que no me apropio
Y no merezco alcanzar,
Mas lo que dijo, lo copio
Y os lo vengo á relatar.
«Poeta, escucha, yo ansío
Si en raras historias sueñas,
Que cantes el afán mío:
Nací en las agrestes peñas
Que decoran el Cabrío.
Sin hermanas envidiosas,
Sin el lujo del pensil,
Me acarician amorosas
Inquietas auras de Abril
Y volubles mariposas.
No hay yugo que yo soporte,
No tengo ningún tirano
Ni prometido consorte,
Ni codicioso hortelano
Que para lucro me corte.
Vivo cual no lo imaginas,
Me defienden de tí mismo
Que cerca de mí caminas,
La soledad de un abismo
Todo erizado de espinas.
No quiero nunca salir
De mi solitario olvido;
No quiero con otras ir;
Mírame: sola he nacido
Y quiero sola morir....
Deja que al rudo hospedaje
Que la Natura me dió,
Venga á darme vasallaje
El ave que como yo
Goza libertad salvaje.
El ave que la luz hiere
Dándole hermosos fulgores,
Y que mi pasión prefiere:
¡El colibrí de colores,
Que si lo aprisionan muere!
Yo aquí sola, gozo en ver
Sobre esta roca tan bella
En que me tocó nacer,
A la solitaria estrella
Que anuncia el anochecer.
No quiero con mis hermanas
Ir á brillantes placeres
Ni á las fiestas cortesanas;
Cántale tú á las mujeres,
A las flores mexicanas.
Dios, de lo supremo autor,
De lo bello esencia y sér,
Hizo con igual amor
El ángel y la mujer,
La mariposa y la flor.
La mujer siempre cautiva,
Y enamora, y enajena,
Es la gran flor, la flor viva,
Llámala lirio, azucena,
Tuberosa ó sensitiva.
Ella, del bien al calor
Y al soplo de la ternura,
Es su matiz el candor,
Su fragancia la hermosura
Y su perfume el amor.
Allá, do las rosas van
A lucir gracia y colores,
Habla de sueños, de afán,
De juventud y de amores
A flores que entenderán.
Yo sola en mi desvarío
Gozo en la roca en que estoy
Olvidada en el Cabrío,
Sola vivo, sola estoy
Y sola morir ansío....»
Un matiz de tintas rojas
Ví luego brillar en pos
Marcando en la flor congojas,
Y luego diciendo adiós
Plegó las brillantes hojas.

Bomberos

Retiréme, y vengo aquí
A cantaros, bellas damas,
Que no hallo en mi frenesí
Una flor entre las ramas
Que eclipsaros pueda aquí.
Brillais por la juventud,
Por la fe y el sentimiento,
Y no basta mi laúd
A cantar vuestro talento
Ni á ensalzar vuestra virtud.

Que las rosas más galanas,
De más fragante esplendor,
Son modestas y lozanas
En el jardín del amor
Las mujeres mexicanas.
Aceptad mi admiración,
Y en esta fiesta campestre
Ya os digo por qué razón
Mi amiga, la flor silvestre,
No vino á la Exposición.

Dejadla en la roca fría,
En cambio, venís en pos
Vosotras de la alegría:
Vosotras, flores que Dios
Ha dado á la Patria mía!

Junio 12 de 1887.

JUAN DE D. PEZA.

LA MUJER FUERTE.

(EN UN ÁLBUM.)

Bendita la mujer piadosa y santa
Que convierte su hogar en santuario
Donde un altar á la virtud levanta,
Donde ejerce la dulce caridad.

Donde enseña á sus tiernos pequeñuelos
De Dios á pronunciar el nombre augusto,
Y que cifra constante sus desvelos
A su esposo y sus hijos en amar.

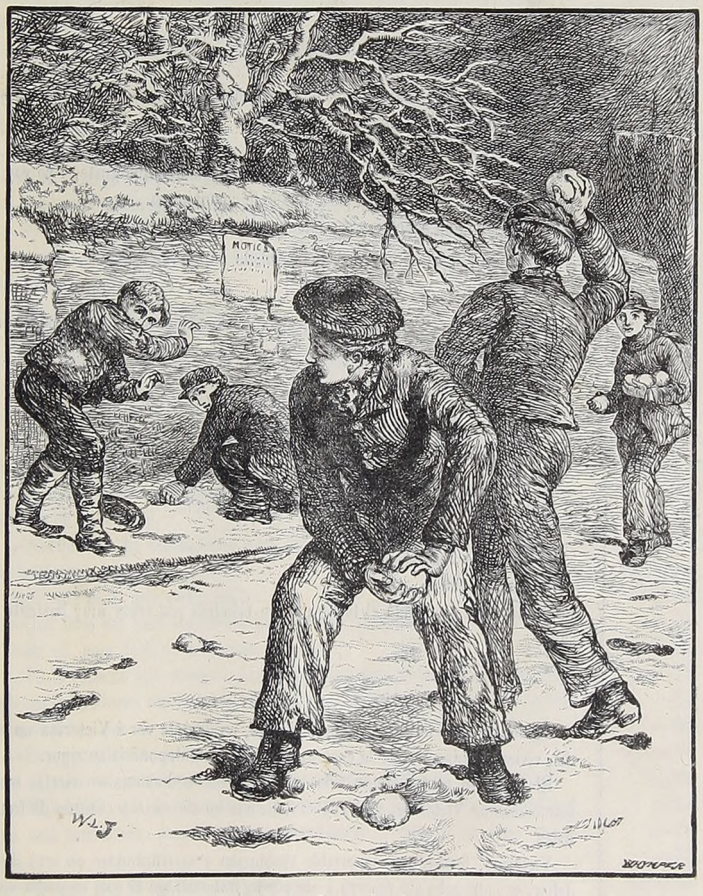
Dichosa esa mujer, porque sobre ella
Del Cielo bajarán las bendiciones,
Que si acaso le envió tribulaciones,
Con ellas su virtud acrisoló.

Vos, me dicen que sois, gentil señora,
La esposa de virtudes ejemplares....
Si apurásteis la hiel de los pesares,
Galardón infinito os guarda Dios.

Puebla, Junio de 1887.

IGNACIO PÉREZ SALAZAR.

Costumbres chinas



Jugando con la nieve

CONFIDENCIAS.

Á MI DISTINGUIDA AMIGA DOÑA CARMEN PANIAGUA DE SILVA.

Dulce amiga, recuerdo aquella tarde,
Melancólica, triste y funeraria
Como el lirio que brota entre las tumbas,
Cual de una virgen la última plegaria.
Herida por el ángel de las sombras
Vacilaba la luz en el vacío;
Espirando por fin, cual la esperanza,
Que muere cuando toca el pecho mío.
En el basto horizonte se borraban
Del astro rey las rutilantes huellas;
Y sobre un fondo de color dudoso,
Comenzaban á verse las estrellas.
Y la noche, avanzando lentamente,
Majestuosa y solemne aparecía,
Envolviendo en los pliegues de su manto
La bella faz del moribundo día.
Y.... ¡todo era misterio en aquella hora!
La brisa entre las flores suspiraba;
Y yo vertiendo lágrimas ardientes,
En un mar de congojas zozobraba.
Tú lo sabes muy bien, mi dulce Carmen:
Tenía el corazón hecho pedazos,
Y buscando un alivio en mis dolores
Bañada en llanto me arrojé en tus brazos
Mis lágrimas rodaron en tu seno
Donde apoyaba mi abatida frente,
Que há tiempo destrozaron las espinas
Que me brindara la amargura ingente.
Al fiarte mis grandes infortunios,
Suspirabas, oyendo mi lamento,
Porque tu alma, sensible y generosa,
Comprendía mi bárbaro tormento.
Y ¿piensas que mitigan mis pesares
Los séres que se agitan á mi lado?
¿Que olvido mis perennes sinsabores
Cuando beso su labio sonrosado?

¿Venturosa me crees porque soy madre?
Lo sería quizá, si la fortuna
No me hubiese negado sus favores
Haciéndome infeliz desde la cuna.
Pero yo padecí cuando era niña;
Y fué mi juventud tan desgraciada...
Que en la edad de las bellas ilusiones
Yo me encontré de angustias circundada.
Y ahora con el alma enlutecida
Voy trepando la cumbre del Calvario,
Donde veo la tumba que me espera
En un erial sombrío y solitario.
Y.... ¡tengo hijos, Carmen! ¡tengo hijos
A quienes trasmitir tanta amargura!
Sin que baste el amor que ellos me inspiran
A darles un instante de ventura.
Amando yo, como las madres aman,
No les puedo ofrecer más que congoja:
¿Qué asilo presta á las tempranas flores
El seco tronco que el turbión deshoja?
El amor de la madre es infinito:
Es llama de los cielos desprendida
Que esparce sus magníficos destellos
En la senda tortuosa de la vida.
Pero ese amor ¡tan grande, tan sublime!
Que no apaga ni el frío de la muerte,
No destruye el dolor con que me agovia
La mano despiadada de la suerte.
Al contrario, le aumenta, porque veo
Padecer á los hijos de mi alma,
Sin que el calor de mis amantes besos
Torne su angustia en placentera calma.
¡Ellos sufren conmigo! y no me es dado
Convertir en placeres sus enojos;
Y no puedo secar con mis caricias
Las lágrimas que brotan de sus ojos.
¡Y el llanto de los hijos es tan triste!
¡Causa un dolor tan grande, tan profundo!
Que el corazón se agita destrozado
Sin encontrar consuelo en este mundo.
Y luego, si después de tanta angustia
La parca viene con sonrisa helada
Cercenando esa prole tan querida,
¿Qué es de la madre triste, infortunada?
Yo ví morir á los amantes hijos,
A quienes dí la vida con mi aliento:
Se hundieron bajo el mármol del sepulcro
Dejándome el dolor y el sufrimiento.
¿Habrá desgracia igual? no, dulce amiga;
La tierna madre que ama con delirio
A los hijos de su alma, vive expuesta
A padecer tan bárbaro martirio.
Y.... ¡yo le padecí! ¡yo estoy bebiendo
Ese cáliz amargo que aniquila!
¡Yo derramo esas lágrimas ardientes
Que matan al brotar en la pupila!
No se siente el orgullo de ser madre
Si la pena terrible y espantosa
Abate el corazón, hipertrofiado;
Y así, Carmen... ¡no puedo ser dichosa!

Guatemala.

VICENTA LAPARRA DE LA CERDA.

AL HURACÁN.

Tú que el espacio cruzas turbulento
Y el polvo en nubes con tu soplo arrojas,
Que arrancas á los árboles sus hojas
Y haces volar las piedras con tu aliento;

Que estremeces las torres en su asiento,
Y al templo de sus cúpulas despojas,
Que le empañas al sol sus tintas rojas
Y dentro del volcán ruges violento;

Que el proceloso mar rompes silbando
En tanto que con ímpetu exterminas
Las naves en las rocas estrellando,

En medio de las rápidas mudanzas
Con que siembras estragos y ruinas,
¿Qué has hecho de mis pobres esperanzas?

España.

A. ALCALDE Y VALLADARES.

VICTORINA Ó HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

(Continuación.)

—Dice mi amigo, que Mario ha corrido inminente peligro, que no quería dejarse hacer la operación, que se asustaba ante la idea de los instrumentos quirúrgicos, hasta que su médico de cabecera le dijo que los periódicos anunciaban á un gran oculista que sólo se detenía algunas semanas en la capital, y que deseaba le examinase y diera su opinión. Sir William Holtt le hizo un minucioso análisis y le dijo era indispensable que sufriera la operación. Algunos amigos, que ejercen gran influencia sobre Mario, le impulsaron á dejarse hacer lo que sir William Holtt deseaba en obsequio suyo, y el resultado de la operación ha sido superior á cuanto se podía esperar. Dice mi amigo que no recuerda el nombre de la enfermedad, pues el oculista la calificó con una palabra inglesa muy técnica que él no supo traducir.

—Si yo conociera á ese oculista, le manifestaría la gran admiración, el gran entusiasmo que me inspira. ¡Qué útiles son á la humanidad esos hombres! No debieran morir jamás. Mil bendiciones son pocas para las que merecen. Voy á indicar á usted, querido amigo, un deseo mío; usted me dirá si es fácil la realización de él. ¿Podría Mario dejar á Madrid siquiera tres días para que celebráramos reunidos tan gran acontecimiento?

—Tal vez sí.

—¡Ay, vizconde, yo ya no tengo más aspiración que verle, con ésto sólo me contento!

—Una idea.

—Háganosla usted conocer.

—Me ocurre que usted puede dirigirle un telegrama llamándole, y de ese modo todo lo dejará por complacer á usted.

—Magnífica idea.

—En ese caso, trace usted en este papel las palabras que guste, y yo voy á la administración de telégrafos para que se le comuniquen.

Cándida tomó un papelito y escribió con lápiz estas cortadas frases:

«Te ruego vengas. Estoy enferma. Anhelo verte. Te espera

CÁNDIDA.»

—Muy bien, no quiero detenerme, me voy directamente á la administración.

—¿Cree usted que vendrá?

—Con toda seguridad.

—Ese placer me indemnizará de todo lo que he sufrido.

—Hija mía, da ante todo gracias á Dios.

—Sí, yo no le olvido en medio de mis mayores venturas.

—Señoras, voy á llenar mi cometido.

—Adiós, vizconde, ¿traerá usted la contestación?

—Yo no vengo á esta casa sin él.

—Dios guíe á usted.

—Hasta la vista.

El vizconde no mandó el telegrama de Cándida por creer muy bastante el suyo.

X

Mario, durante la ausencia de su amigo, no dejó de ver á Victorina un solo día, viviendo halagado por la esperanza de que ésta depondría su rigor.

El laureado poeta-pintor veía mil promesas seductoras en ciertas manifestaciones de Victorina, á las cuales daba ella en su corazón el título de fraternales.

Victorina, formada su invariable resolución y sacrificándose en aras de su deber, se entregaba sin reserva á ese afecto fraternal sin el cual no podía vivir.

Como era tan puro ese sentimiento, no quería ocultarlo.

Esto hacía que todo el mundo se fijara en ellos, desarrollándose en el conde de Champ-Fleury una gran animadversión contra el poeta-pintor.

El conde le había declarado su amor, amor que era hijo de su vanidad y que lo alimentaba su amor propio, creyendo sería correspondido, para proporcionarse el inexplicable placer de suplantar al que tan gran admiración inspiraba en todas partes.

Haber agradado á Victorina era el éxito que menos le perdonaba. Victorina sentía por el conde una gran antipatía, que corregida por su educación y amabilidad, le era imposible conocerla á él.

El título de amigo que su padre le daba era un regulador para la conducta de ella. Jamás le manifestó, ni por descuido, la repulsión que le inspiraba.

El conde se creía irresistible; así es que la obsequiaba sin rendirse mucho. Contaba con la aceptación de su amigo, y para él esta aceptación era el todo en asuntos de tal especie.

Inmediatamente que Mario recibió el telegrama de Alberto, fué á casa de Victorina.

Esta encontró su semblante muy demudado.

Era natural la alarma del poeta, pues no sabiendo el estado en que se hallaban las tramas urdidas por el vizconde, el telegrama le sobrecogió.

—¿Qué tiene usted, Mario?—preguntó Victorina.—Se encuentra algo extraño en el semblante de usted.

—Sí, estoy muy contristado; me han escrito de Granada que se muere el único primo que me queda y estoy en el deber de ir allá. ¿Qué le parece á usted?

—Lo encuentro muy justo.

—Siento la muerte de mi primo y me contraría el viaje.

—Tal vez sea este viaje providencial.

—¿Por qué dice usted ésto?

—Segura de que esta oportunidad de visitar á Cándida le hará á vd. reanudar lazos que no deben romper.

—Lazos que ahogan es conveniente desatarlos.

—Ahogan á vd. porque no se propone hacerlos suaves.

—Es muy difícil.

—Porque no quiere vd. intentarlo, si vd. fuera dócil á mis consejos, lo intentaría.

—Los que vd. me da son consejos de enemigo.

—De ningún modo.

—Sí, señora; vd. me manda matar el amor que me inspira, y matar ese amor sería suicidarme.

—Son vdes. muy exagerados los poetas y los artistas.

—Y el corazón de vd. es hielo que no puedo fundir.

—Está visto, las imaginaciones ardientes viven de hipérboles.

—Si fuera escultor colocaría á vd. un cetro de hierro en la mano, y sería vd. mi arquetipo para representar la estatua de la inflexibilidad. Su rigor se acrecienta de dia en dia.

—Me llama vd. poco amable.

—No, vd. es amable con todo el mundo y severa conmigo.

—Hay cosas con las cuales no puedo transigir.

—Es vd. mi espíritu de oposición.

—Sea vd. razonable y no le reconvendré.

—La razón; siempre la razón. Si me voy aproximando á su alma, ¿por qué quiere helarme con el frío de la lógica y el deber?

—El deber es la santa palabra que todos los hombres debieran llevar estereotipada en el corazón.

—Siempre me he inmolado en aras del deber; pero hoy siento en mí algo más fuerte que éste. . . . . .

—¿Y qué es lo que siente vd?

—Que Dios me hace impotente para resistir la batalla.

—Es vd. muy débil al declararse vencido.

—Yo la escucho á vd. siempre con respeto religioso, yo la complazco en todo; sus leves indicaciones son órdenes para mí, y sin embargo, mi corazón se rebela contra el deber que me propone.

—Imponga vd. silencio á su corazón.

—¿Quiere vd. mutilar uno de los órganos más nobles de nuestro sér?

—El corazón, que de acuerdo con la cabeza suele inspirar grandes acciones si no está pervertido, cuando camina abandonado á ésta es un niño loco y ciego.

—No creo que el corazón me guíe mal.

—¿Qué puede vd. esperar de un loco y un ciego?

—Es que mi corazón no es ciego: desde que late por vd. está constantemente iluminado; un rayo de sol ha penetrado hasta sus más recónditos pliegues.

—En el mío hay una luz suave que permite distinguir las cosas cual son: en el de vd. hay deslumbramiento, sí, gran deslumbramiento que le ofusca.

—¿Qué se propone vd. hacer de mí?

—Un hermano.

—¡Fraternidad! Este es un sentimiento intermedio entre el amor y la indiferencia.

—No, este sentimiento es más que amistad, es una gota de la ternura del alma; no consienta vd. que se evapore esa gota.

—Próximos á separarnos, deseo me trace vd. la conducta que debo seguir.

—Creo habérsela ya indicado. Vd. no se pertenece; vd. está comprometido moralmente: vd. debe unirse á esa mujer.

Un corazón generoso no es jamás desventurado mientras pueda hacer á otro feliz. Conságrese vd. á labrar la ventura de ella.

—Le prometo á vd. hacer el último esfuerzo; le prometo hacer cuanto pueda para inclinar hacia ella mi rebelde corazón; pero si éste se destroza, si éste vuelve muerto sin haber conseguido lo que vd. se propone, vd. tendrá el deber de curarle, de volverle á la vida.

El semblante de Victorina revelaba una inquietud grande que hubiera sido un triunfo para Mario, si su estado de exaltación no le hubiera cegado hasta no advertirlo.

—Victorina, tengo que marchar.

—Espere vd. un momento y verá vd. á papá, que se halla en su estudio.

Tocó un timbre y un criado se presentó.

—Diga vd. al señor que un amigo desea verle.

—Está bien.

Victorina por la primera vez de su vida había violado sus costumbres.

Siempre había avisado á su padre ó á su tía Clara en seguida que alguien se presentaba á hacerle una visita, y aquel dia se había descuidado, no sabemos si con conocimiento de causa ó inadvertidamente.

Durante la conversación de Mario hizo ella algo más que implorar por la mujer que no conocía; estuvo echando una sonda al corazón del poeta.

Ella tenía fuerzas para rechazarle, mas no quería perder completamente el amor que tanto le encantaba.

Su austera razón le ordenaba sacrificarse; obedecía á su razón, mas no quería perder el amor de Mario.

Se combatían dentro de su sér sentimientos encontrados, difíciles de definir.

¡El corazón humano es un insondable arcano, un misterioso enigma, un problema sin solución!

El Señor de Morey se presentó.

—Querido poeta, ¿qué le trae á vd. tan temprano por aquí?

—El deseo de decir á vd. adiós.

—¿Marcha vd.?

—Sí, señor.

—¿Es repentina la marcha?

—Hoy mismo la he decidido.

—¿A su patria?

—Precisamente.

—¿Es que siente vd. esa triste enfermedad llamada nostalgia, para la cual no hay ningún remedio en la farmacopea?

—Al contrario; la nostalgia voy á sentirla al dejar á Madrid.

—¿Se puede saber el motivo que origina la partida?

—No hay ningún inconveniente; es un infausto acontecimiento: mi querido primo, el único que me resta, parece hallarse en el dintel de las puertas de la muerte.

—Participo del sentimiento de vd.

Mario siguió sosteniendo la mentira.

—¿Y no sabe vd. cuándo le podremos contar entre nosotros?

—Lo ignoro.

—Nuestro Parnaso estará de luto en la ausencia de vd.

—Yo les dedicaré á vds. un recuerdo constante.

—En fin, como dice los franceses: *Il faut faire contre fortune bon cœur.*

—La resignación es una de las primeras virtudes,—objetó Victorina.

—Sí, sí,—repuso Mario.—¡Resignación!

—El corazón del hombre—añadió el padre de Victorina—es un esquife expuesto á contrarios vientos.

¡Yo ya me he familiarizado con todos los caprichos de la voluble fortuna.

Este es el gran paso que hay que dar en la vida, lo demás todo es fácil!

—Amigos míos, siento retirarme, pero todavía no he hecho los preparativos para mi viaje.

—Que vuelva usted pronto, querido poeta.

—Es mi deseo.

Adiós, Victorina,—le dijo en voz baja oprimiendo su mano—no me olvide vd.

El Sr. de Morey le acompañó hasta la puerta.

¡Me llama Alberto con urgencia!—decía Mario empaquetando lo más preciso en un maletín.—¿Qué sucederá? ¡Si habrá hecho alguna calaverada! Es un chico tan travieso, que todo lo espero de él. Ya que el director me lo permite, iré. Si no fuera algo grave lo que acontece, no me haría poner en camino. Ya sabe que no tolero bromas, y que nadie tiene derecho á dármelas, por no usarlas yo con nadie.

Lo que es esta noche no me acuesto. La curiosidad, la impaciencia y las mil suposiciones, no me dejarían dormir. ¿Qué será? No quiero preocuparme, pues en todo pensaré menos en lo que realmente sea.

Cuadro bucólico

Me voy á Fornos y allí me distraeré, y si me aburro acabaré la noche en el Casino de la Peña.

No tardó en poner en práctica lo que dijo; estuvo en Fornos discutiendo un rato sobre varios asuntos y luego marchó á la Peña, donde leyó algunos periódicos y tomó un té.

A las primeras horas matinales mandó á un criado le buscara un coche, y á la hora anunciada lo llevaron á la estación.

Todo el camino fué durmiendo cual si hubiera tomado un narcótico, así es que se encontró en Granada sin haberse dado cuenta del viaje.

Ya en la estación de su provincia, hizo que lo condujeran al *Hotel de Europa*.

El tren se había adelantado, así es que Alberto no se hallaba en el hotel.

Un criado se le acercó preguntándole:

—¿Es usted D. Mario Alcaraz?

—El mismo, ¿qué quieres de mí?

—Me ha encargado el señor vizconde que entregara á usted la llave de su cuarto si llegaba usted antes que él, porque en su cuarto hemos colocado una cama para usted.

Mario pasó donde le indicaron, y Alberto no se hizo esperar mucho tiempo.

Después de los primeros abrazos, Mario, sin poder contener su impaciencia, le preguntó:

—¿A qué me has hecho venir, sepamos?

—No creas que sin motivo.

—Ya lo supongo, pero di pronto ese motivo.

—Seré sucinto para calmar muy en breve la impaciencia tuya.

Empecé á dar cima á nuestro proyecto desarrollando el plan convenido de una manera semejante á la que teníamos propuesta.

La niña en cuestión, que en tu indiferencia y desamor apellidas estúpida, es una mujer de más carácter de lo que yo esperaba. Todos los tiros que la dirigí se volvieron contra mí; la ataqué de mil maneras, pero su gran amor la hace invulnerable. No es accesible á ninguna de las frivolidades que á otras mujeres encantan; la hice ofrecimientos de brillante porvenir, y con severa dignidad los rechazó; el fausto, la opulencia, todo lo que no sea tu amor, le es indiferente, y prefiere una cabaña ofrecida por tí á un soberbio alcázar.

He visto á esa mujer elevada, inspirada por su amor; he observado su vida, que es la de una santa; y por último, después de agotar todos los más ingeniosos recursos, he tenido que recurrir á un medio demasiado fuerte que ha producido lamentables resultados; la he herido bruscamente, la he dicho que habías quedado ciego, con el objeto de que te abandonara y quedaras tú libre para satisfacer los deseos de tu corazón.

Esta última tentativa, que no vacilo en calificarla de bárbara y cruel, le hizo perder el sentido, y en su delirio, lo mismo que al recobrar la razón, te llamó mil veces á su lado, diciendo quería ser tu ángel tutelar.

Al observar los progresos de su enfermedad moral, empecé á sentir remordimientos por ser el autor de todos sus males, y habiendo hecho el daño quise hacer el bien; por consiguiente, no queriendo cargar con responsabilidades tan delicadas y peligrosas, y viendo muy crítica la situación, le dije que el oculista sir William Holtt te ha hecho una operación con la cual has recobrado la vista.

Para su consuelo es preciso hacerla creer que has venido por influencia suya, pues has de saber que esta infeliz me dijo deseaba rogarte celebraras al lado de ella tu curación. Yo, que concluí por aprobarlo todo por el temor de sus espantosos accesos, le dije que no te resistirías á su deseo, y entonces ella, loca de placer, escribió unas líneas para que yo te las comunicara por telegrama.

Me comprometí á no volverla á ver sin llevarte, y si no te mandé el telegrama de ella, fué por suponer darías más importancia al mio, que, á no dudar, habías de recibir más pronto, por estar ya funcionando el telégrafo cuando ella me encargó de él.

(Continuará.)

EXPLICACIÓN DE LAS ILUSTRACIONES.

La virtud de la economía.—Si la avaricia es censurable, la economía es una gran cualidad: vivir al dia, como suele decirse, es condición de personas ligeras incapaces de detenerse un momento á pensar en lo porvenir. La economía doméstica es indispensable en todos los hogares, pues la previsión nos permite hacer frente á calamidades que pueden sobrevenir. La economía doméstica es la base de la familia, como la economía política es la felicidad de los pueblos. Para que las naciones prosperen, logrando su mayor engrandecimiento, es preciso saber resolver con prudencia las grandes cuestiones económicas, que son, como han sido siempre, las más trascendentales.

Bomberos.—Los bomberos son una clase respetable por los benéficos resultados que de ellos dimanan. El bombero es una pequeña providencia en los momentos en que el fuego, este elemento tan destructor, convierte en ruinas las mejores obras de arte y arruina á las familias destruyendo sus hogares. El bombero, con abnegación nunca bastante celebrada, se arroja en medio del peligro, librando de él á muchos séres que serían devorados por las llamas. Bien merece este tipo consideración social.

Costumbres chinas.—Los chinos, á pesar de su repulsión en aceptar la civilización europea, que los hace estacionarios en la marcha progresiva de los siglos, son industriosos, y el origen de muchas de sus artes se pierde en la noche de los tiempos. Desde la más remota antigüedad han sabido preparar la seda; su porcelana no tiene rival en el mundo; y el bambú les sirve para mil artefactos de toda especie. Uno de los acontecimientos que más ha afectado la organización interior y exterior de la China, es la guerra declarada á los ingleses en 1810 por haber éstos introducido allí el opio, no obstante la prohibición del emperador, y del que abusan mucho los chinos, pues los enerva y hasta los extenúa. Nuestro grabado representa el momento en que dos chinos se entregan á su delicioso placer.

Jugando con la nieve.—Sólo á irreflexivos mozalvetes puede ocurrírseles buscar un entretenimiento en la nieve, entretenimiento que puede originarles graves consecuencias. Sin embargo, ésta es diversión muy sabrosa para los niños y adolescentes de todos los países frios. En el grabado que presentamos aparecen los muchachos amasando la nieve, haciendo bolas de ella para arrojárselas unos á otros.

Cuadro bucólico.—La vida pastoril fué la vida de los primeros habitantes del mundo, cuando los hombres no estaban organizados en sociedades, sino agrupados en tribus. Para muchos la vida pastoril encierra gran deleite, habiendo tenido apologistas tan notables como Virgilio, Meléndez y otros. El cordero ha sido simpático en todas épocas, símbolo de la mansedumbre y humildad. En nuestra religión el Cordero pascual es alegoría de Jesucristo, que se ofreció como víctima expiatoria de los pecados de la humanidad. En lo militar existe una orden instituida en 1564 por Juan el Grande, rey de Suecia, denominada *Cordero de Dios*. También figura el cordero en la más importante de las condecoraciones españolas, que se conoce con el nombre de Toisón de Oro.